En tal estado, creyó Mina dar á la Reina una última prueba de franqueza presentando su dimision, fundado en que el estado de su salud no le permitia salir al campo á guiar á sus soldados á la victoria; pero resentido más bien por el poco aprecio que se hacía de sus contínuas reclamaciones, pues no se le mandaban refuerzos ni auxilios. El dia 8 de Abril de 1835, fué nombrado para reemplazarle el general Valdés, ministro que era de la Guerra.

Funestas fueron para la causa de la Reina las primeras operaciones de este general. Queriendo seguir el camino que ya habia iniciado el general Córdova, intentó Valdés penetrar en las Amezcoas. Llevaba 22.000 hombres, y le seguian generales de gran nombradía. Pero halló á los carlistas prevenidos por la sorpresa anterior; Zumalacárregui salió á estorbarle el paso ocupando ventajosas posiciones, y Valdés se convenció de lo arriesgado de su empresa. Contento con el alarde que habia hecho, pensó retirarse emprendiendo el camino de Estella. Su contrario pensó allí tambien salirle al paso aprovechando unos desfiladeros que tenía que atravesar: fueron, sin embargo, rechazados los carlistas; y continuando el ejército su retirada, llegada la noche, y como caminasen paralelamente diferentes fuerzas de él, se creyeron unos y otros enemigos, y se atacaron con ardor, produciendo este error no pocas pérdidas y desórden, cuyo resultado fué el penetrar en Estella con todas las apariencias de derrotado, un ejército que habia humillado á su enemigo.

El aspecto de esta guerra, además de ser altamente funesto, porque era una verdadera lucha entre hermanos, hijos de una misma pátria, era por circunstancias especiales, horroroso y cruel: habiendo principiado Zumalacárregui con el atroz sistema de fusilar y asesinar á los prisioneros que caian en su poder, especialmente á los oficiales, los generales cristinos en represalias siguieron igual sistema, de manera que la efusion de sangre era mucho mayor que en otras en aquella guerra en que los combatientes estaban seguros de no hallar cuartel si caian en manos de sus enemigos; lujo espantoso de crueldad, que repugna á todos los sentimientos humanitarios. No importaba que el número de los prisioneros fuese grande: para ahorrar tiempo solian los carlistas asesinarlos dándoles una carga de caballería ó á la bayoneta.

Estas atroces costumbres, que en un pueblo bárbaro no se hubieran encontrado, movieron á los sentimientos humanitarios de algunas naciones estranjeras, especialmente de la Inglaterra, á intentar un medio de suavizar los horrores de esta guerra, con cuyo fin mandaron á España dos comisionados que entendiéndose con los dos partidos beligerantes, les presentasen proposiciones de avenencia para establecer un cange regular de prisioneros, y evitar el inútil derramamiento de sangre.

El Gobierno de Madrid, que segun se dice habia hecho la insinuacion para que se mandasen estos comisionados, los acojió con benevolencia, y se mostró desde luego dispuesto á secundar sus humanitarios intentos, ofreciendo por su parte avenirse á lo que se le propusiera en este sentido, y á pactar con los enemigos lo que fuese más conveniente.

Los comisionados ingleses lord Elliot y su secretario se avistaron á seguida

(c) 2009 Real Academia de Jurisprudencia y Legislación